

LA NOVELA
CINEMATOGRAFICA SEMANAL MODERNA



Nº
525

50
cts

JEANNETTE MAC DONALD

NUMERO
EXTRAORDINARIO

LA NOVIA 66



LA NOVIA 66

STEIN, Paul L.

**LA NOVELA
SEMANTAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año X

BARCELONA

N.º 525

The Lottery Bride, 1930

La novia 66

Interesante asunto, interpretado por la bellísima

Jeannette Mac Donald, John Garrick,

Joe ~~W.~~ Brown, Zazu Pitts, etc.

E



Exclusiva de la prestigiosa marca

Los Artistas Asociados

Rambla de Cataluña, 66

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

RICHARD DIX

Prohibida la
reproducción

Tipografía - Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La novia 66

Argument de la película

Noruega...

En las afueras de Oslo, era sobradamente conocido el café de la señorita Hilda, entre el elemento estudiantil de la capital. Y mayormente que el café, los estudiantes conocían el jardín que rodeaba al local donde tenían lugar las consumiciones. ¡Cuántas veces bajo los añosos troncos, en los rincones poéticamente oscuros, habían surgido los juramentos de amor! ¡Cuántas bodas e ilusiones se forjaron en aquel jar-

dín de ensueño! Sus veredas habíanse visto recorridas una y otra vez por los alegres uniformes de los estudiantes y el vistoso colorido de los trajes típicos de las muchachas. El amor florecía cada año como las flores. Siempre el jardín oía las mismas promesas, idénticos susurros... Unicamente como las flores de cada estación, que parecían iguales y eran tan distintas, quienes prometían eran también cada año distintos. La juventud seguía su alocada carrera.

Unicamente la señorita Hilda era la que no había probado todavía las mieles del amor. Su alma romántica bien se lo pedía; pero, ¡ay!, hasta entonces no había surgido ningún apuesto estudiante que la ofreciera llevarla a pasear por aquel jardín maravilloso...

Sin embargo, un día...

En el café tenía lugar una de aquellas fiestas alegres que improvisaban los estudiantes y sus amiguitas. El local estaba, momentáneamente, lleno, lleno hasta rebotar. Hilda no daba abasto para cumplir todo lo que le pedían.

El *clou* del programa lo constituía un típico baile a cargo de Jenny, la muchacha más bella que acudía a aquel café. La musiquilla alegre y pegadiza, entusiasmaba a la juvenil concurrencia que no podía impedir el acompañarla con toda suerte de instrumentos más o menos contundentes repicados sobre las mesas.

Pero Hilda aquella vez se vió distraída en su atención por la llegada de un hombre que, desde luego, ella comprendió era forastero en el lugar.

No se hubiera podido decir que el recién llegado era guapo. No, no se hubiese podido decir salvo querer falsear la verdad. Porque tenía los detalles propios para la belleza invertidos; la boca era grande y los ojos chicos, y la nariz parecía tener decidido empeño en no ser comida por la susodicha boca y se escapaba decididamente hacia los ojos.

A pesar de esto, Hilda experimentó una gran ternera por aquel Adonis de la fealdad.

A su requerimiento acerca del motivo de su presencia allí, el desconocido se des-

cubrió y le mostró una tarjeta. No necesitaba en verdad mejor presentación. Con su propia fotografía, la tarjeta rezaba:

HOMOBONO CURTIS

Y su "jazz band" irresistible

¡Viva el movimiento!

La señorita Hilda sonrió. Decididamente acababa de notar que experimentaba una honda simpatía por los directores de orquesta y, en general, por toda clase de músicos.

—Vengo a actuar aquí—explicó el tal Homobono—. ¿Dónde está el dueño?

El delantal de Hilda sufrió un gran retorcimiento entre sus manos al responder ella:

—La dueña soy yo.

Y la joven sintió que el pecho se le ensanchaba ante la sonrisa que dividió en dos el rostro simpático del recién llegado. No podía dudarse que la amistad quedaba hecha.

La rubia Jenny, entretanto, se había ya

juntado con su enamorado Cristian. Hablaban de lo de siempre, del tema inagotable que a ellos les parecía tan nuevo como si lo hubiesen inventado. Y en verdad que si no podían alardear de ser los primeros en conjugar el verbo amar, por lo menos Cristian sí podía sentirse orgulloso de oírlo decir para él, de unos labios tan deliciosos como los de su novia.

Pero la inmensa sala no podía ofrecerles el marco adecuado para todas sus ternezas. Y como otros encaminaron sus pasos hacia el jardín.

Al salir se cruzaron con Daniel, el hermano de Jenny, y con el capitán Alberto. Este les detuvo:

—¡Hola, Jenny!... ¿Quieren venirse, usted y Cristian, con nosotros?

Ella sonrió y aproximándose más a su novio, respondió con dulzura:

—No, gracias, Alberto. Vamos a pasear por el jardín.

Y al pasar, dirigiéndose al hermano, preguntó con cariño:

—Daniel, parece preocupado...

El muchacho—como siempre, de un

tiempo a aquella parte—respondió con brusquedad:

—Es solamente fatiga. Tengo mucho trabajo en el Banco.

Ella sonrió. No estaba muy convencida, pero Cristian tiraba ya impaciente de su brazo. Y salieron juntos, animados por la luz de su amor.

Alberto no pudo evitar una interjección.

Luego dijo con mal humor al muchacho:

—No he venido más que por tu hermana y, como siempre, se va con Cristian.

Daniel se encogió de hombros. ¿Qué le importaba a él su hermana en aquellos momentos?

Alberto, prestamente repuesto de su mal humor, le tomó del brazo y propuso:

—Anda, vamos a jugar. La suerte nos espera.

Y se perdieron entre la baraúnda del café.

Cristian y Jenny habían ya llegado a su rincón favorito. Las confidencias tenían lugar con la dulzura que encierra un primer amor. Y sin embargo, el muchacho advertía que ella no estaba aquella noche tan

sonriente como siempre; que un velo de tristeza la embargaba.

—Sospecho que mi hermano me oculta algo—murmuró ella finalmente, al suponer que también Cristian iba a disgustarse ante su persistente negativa en hacerle saber lo que la ocurría.

El entonces se echó a reír.

—¡Bah! Figuraciones...

Y al advertir que ella no quedaba muy convencida, añadió:

—Yo, también, siempre estoy inquieto por mi hermano Olaf.

Jenny sonrió. Sí, era posible. Y ya sus pensamientos por otros rumbos, inquirió:

—¿Por qué no viene Olaf a Oslo?

—Está en King's Bay—respondió Cristian, con cierto sentimiento—. Pero—añadió, tomando la mano de su novia—, seguramente vendrá para nuestra boda.

Y ya de nuevo, los dos jóvenes entonaron dulcemente su apasionado dúo de amor.

* * *

El café de Hilda estaba aquella noche de gran fiesta. Debido a la inspiración de Homobono celebrábase un concurso de baile. Y la juventud había acudido en masa, sobrepasando grandemente los más halagüeños cálculos que Hilda se había forjado.

Esto, naturalmente, fué un galardón más que añadir a las ya muchas cualidades que veía en el flamante Homobono Curtis. Había que ver que éste se hallaba por completo en sus glorias, animando a las parejas a resistir.

Pero no fué muy grande la ilusión que la romántica Hilda pudo continuar forján-

dose, cuando en un descanso se acercó al feote Homobono, y le hizo ver una pareja que, olvidada de todo, sólo pensaba en aprisionarse mutuamente las manos y contemplarse uno en ojos de otro.

—Mire...—dijo Hilda—. Esos dos... ¡Se aman!

Homobono quedósela contemplando, porque su voz había sonado entre un suspiro ruidoso.

—Y es primavera...—continuaba Hilda.

Homobono pensó que ya lo había advertido, afortunadamente para él.

Hilda, con una mirada insinuante, murmuró:

—¿Qué le dice a usted la primavera?

La respuesta no fué muy romántica:

—Me dice que se han acabado los sa-
bañones...

Y la incomprensida dueña del café vió en la enorme boca que Homobono abría celebrando su propio chiste, que desaparecía todo el torrente de ilusiones que la impelieran a comprender mejor que nunca la llegada de la primavera y a emperifollarse como jamás lo hizo.

Jenny también tomaba parte en el concurso de baile. Pero no era con Cristian con quien seguía aquella danza interminable de horas y horas. No. Cristian no



...se había presentado el hermano...

hubiera querido que su novia tomara parte en semejante competición; la amaba demasiado para ello. Pero se había presentado el hermano de la muchacha, Daniel, y con misteriosas palabras, afirmando ser

para él tal asunto de vida o muerte, consiguió llevársela...

Llegó un momento en que juntamente con la pareja que formaban Jenny y su hermano, sólo había otra; pero la pobre muchacha no podía más.

Cuando transcurridos los diez minutos de descanso que concedían de hora en hora, pretendió levantarse, su voluntad no la obedeció.

—¡Daniel!—se lamentó—. ¡Yo no puedo más!

El hermano se levantó de un salto de la silla en que se dejara caer al entrar en el salón de descanso.

—¡No! No me abandones ahora—le gritó—. ¡Voy a decírtelo todo!

Jenny habíase quedado asombrada al ver la actitud de su hermano, y esto fué la causa que indujo a Daniel a añadir sus últimas palabras.

Se acercó a ella miedoso y le musitó entre cortadamente:

—He jugado... y he perdido... ¡Había... hecho un desfalco en el Banco!

La muchacha casi había adivinado ya

las palabras de su hermano. Pero lo que él la dijo hízole comprender muchas cosas, que hasta entonces le parecieran extrañas, de la vida de Daniel.

—Está bien—dijo lacónicamente—. Sigamos.

En aquel instante entró Alberto, y Daniel se precipitó hacia él cual si fuera su tabla de salvación.

—¡Alberto!—gimió el asustado joven, tratando de vencer el nudo que se le había formado en la garganta—. Si no ganamos, ¿me ayudarás?

El capitán sonrió. Sin hacer caso de Daniel dirigió su vista hacia donde Jenny trataba de levantarse.

—Con mucho gusto—dijo, poco después, con voz lenta—. Con mucho gusto... si Jenny me lo pide.

—Daniel—manifestó entonces la joven, sintiendo súbitamente una rabia inmensa hacia el capitán—. ¡Vamos a ver si ganamos el premio!

El hermano no se lo hizo repetir dos veces. Con gesto nervioso abrió la puerta, pero retrocedió al punto.

Cuando miró a su hermana estaba pálido de terror.

—¡Es el director del Banco... con la policía!—explicó a la muda interrogación de Jenny.

Y corrió cobarde a buscar un refugio bajo el canapé en el que pocos momentos antes se hallara tendida su hermana.

Esta vaciló un momento. Luego corrió a tenderse en el canapé y cuidó de cubrir por completo a su escondido hermano.

Alberto iba decir algunas palabras de protesta, cuando se abrió con brusquedad la puerta y apareció un policía de uniforme.

—Buscamos a Daniel Trondson—declaró al tiempo que se llevaba la mano a la gorra, pues había advertido la presencia del capitán—. Le han visto entrar aquí.

El policía se había dirigido a ambos, pero Jenny se apresuró a contestar, antes que Alberto hubiese pensado en abrir la boca:

—Se equivocan. Aquí no está.

El policía se retiró, luego de dudar un momento.

E inmediatamente saltó fuera de su escondite el atemorizado Daniel...

—¡Préstame dinero, Alberto!—exclamó jadeante, cayendo sobre el capitán—. Tú ganaste casi todo lo que yo perdí.

Jenny no pudo evitar esta vez el adelantarse como si también fuera a implorar al capitán.

Y éste sin dejar de mirarla, echó mano al bolsillo y de un fajo de billetes que en él llevaba, apartó una cantidad, casi sin contarla.

Daniel corrió entonces a la ventana. Le urgía huir. Tener tiempo de llegar a hacer la imposición antes de que le prendieran. Pero Jenny corrió tras él, y el muchacho, en el aturullamiento del instante, le hizo entrega de algunos billetes, cual si con ello quisiera quitarle una parte de la pena que tenía.

Y entonces Jenny, vencida por la fatiga de la ruda prueba de baile, y por el gran disgusto del mal proceder de aquel hermano suyo, sintió que las fuerzas le faltaban y que experimentaba hondos deseos de llorar, de llorar mucho... Y ya casi incons-

ciente buscó un pecho acogedor que le brindara amparo en aquellos terribles instantes de su acerbo dolor.

Y fué en aquel momento, cuando ella se encontraba en brazos de Alberto, cuando Cristian, ya de rato sorprendido por no verla, penetró en la estancia, sorprendiendo el cuadro que menos pudiera imaginar...

La luz de alegría que había en sus ojos juveniles, quedó desvanecida dejando paso al más terrible desengaño.

Vió la sonrisa triunfante de Alberto que le contemplaba sin cesar de oprimir a su Jenny entre sus brazos... Y vió que ella tenía un montón de billetes en la mano...

Y con sonrisa de supremo desprecio, sólo se le acudió decir:

—Perdón... No sabía...

Y el golpe que dió al cerrar la puerta, ahogó la exclamación de Jenny, que con débil voz, hecha caos su dolorida cabeza, le mostraba los billetes como para hacerle comprender lo que motivaba aquella situación que tan extraña podía parecer.

Pero la mano de Jenny no llegó a posarse en el pomo de la puerta como pre-

tendía su voluntad. Esta se abrió de pronto para dejar paso al mismo policía de antes, que, llenos sus ojos de recelosas sospechas, la detuvo cuando ella pretendía atravesar el umbral para ir en pos del hombre amado que iba ciego, completamente convencido de la falsía de la mujer en quien depositara su confianza entera y con la que proyectaba unirse para toda la vida.

La ventana abierta confirmó aun más los celos que el policía ya tenía acerca del papel que Jenny había jugado en aquel intento de fuga de Daniel, que acababa de ser detenido. Y agarrando a la desfalleciente muchacha aun más firmemente por el brazo, manifestó:

—¡La detengo a usted por complicidad!

¿Qué le importaba a Jenny lo que aquel hombre la decía? ¿Qué le importaban asimismo las frases que no entendía y que le estaba diciendo Hilda, completamente consternada?

Sólo veía que Cristian acababa de atravesar en aquel instante el salón y que casi llegaba a la puerta de la calle.

Y Homobono, que casualmente se en-

contrara en el camino del joven desesperado, vió su chanza rechazada con brutalidad, al tiempo que la voz ronca de Cristian le informaba:



Y agarrando a la desfalleciente muchacha...

—¡Me marchó de Oslo para siempre!

.

Hilda y Homobono se hallaron por fin en el momento a que tanto ansiaron llegar.

Por fin, después de todas las gestiones llevadas a cabo, Jenny iba a ser puesta en libertad.

Y, en efecto, poco después la rubia joven estrechaba entre sus brazos a la bondadosa Hilda.

—Les agradezco mucho lo que han hecho por mí—afirmó Jenny, al tiempo que estrechaba la mano de Homobono—. ¿Y qué ha sido de Daniel?

Homobono tomó la palabra:

—El juez le ha echado un sermón acerca de las malas compañías y ahora lo tiene en observación.

Jenny volvió a besar a Hilda.

—¿Y su café?—le preguntó.

Una sombra de tristeza veló los ojos de la buena mujer.

—La policía lo cerró a causa del concurso de baile...—dijo con voz que pretendía en vano ser firme.

—¡Aquí no se aprecia el deporte!—dijo Homobono, como corolario.

Y luego, viendo que no parecía haberle hecho mucho caso, añadió:

—Pero no importa... Yo soy hombre de recursos...

Jenny le miró sorprendida. Hilda, con cara de pocos amigos.

Homobono mostró entonces aquella sonrisa que tanto le hacía parecerse a sus antepasados, los simios.

—Sí, de recursos...—repitió Hilda—. De recursos intelectuales, quiere decir.

En aquel momento entró en la sala de visitas de la cárcel un hombrecillo que todo el mundo conocía sobradamente en Oslo. Era el agente matrimonial de la Compañía Minera de Kings's Bay. Un hombre encargado de una misión originalísima: la de reclutar mujeres que desearan casarse en aquel lejano rincón del mundo.

Jenny decía en aquel momento:

—No comprendo el silencio de Cristian...

Su tono había sido melancólico, dolorido.

Hilda explicó:

—Nadie le ha vuelto a ver desde aquel día. Dicen que se halla fuera.

La muchacha se sonrió con amargura. Pensó por un instante en aquella felicidad que había soñado y que ahora se hallaba truncada.

—Es lo que yo debo hacer—murmuró.

—Buscar lejos el olvido...

Y entonces se adelantó el hombrecillo que hasta aquel instante se había quedado en el mismo lugar en que se situaran al llegar.

—Señorita—declaró con meliflua voz.

—He creído que le interesaría rehacer su vida en otros países...

Homobono saltó como si le hubiera picado una avispa. Gritó:

—¿Pretende usted llevarla a su rifa de novias?

Pero Jenny le detuvo en su intento de apabullar al pobre hombrecillo. La muchacha era presa en aquellos instantes de sombría desesperación. La vida en un lugar u otro, ¿qué más le daba?

Y fué muy extraña su voz cuando declaró:

—Iré a esa rifa.

El barco advirtió con su sirena la próxima partida.

Jenny estrechó fuertemente a Hilda entre sus brazos. Era lo único que le dolía dejar en Oslo.

—Le agradezco la despedida, Hilda—dijo venciendo su última emoción—. Pero váyase ya. El barco va a zarpar.

Ella se desasíó de la muchacha, que la acompañaba hacia la pasarela.

Negó con la cabeza y con compungido acento declaró:

—¡Pero si yo también voy al Norte! Deseo alejarme de cierto personaje...

Jenny sonrió. Adivinaba la causa de aquel repentino deseo de viajar.

—Veo que ha vuelto usted a reñir con Homobono por alguna pequeñez...

La pobre Hilda sacudió la cabeza asintiendo. Pero el recuerdo de la querella la exaltó prontamente. Echó mano a su bolso y sacó una fotografía al tiempo que decía:

—Sí, una pequeñez... de metro cincuenta.

Jenny tomó la fotografía, procurando disimular la risa que asomaba a sus labios. Realmente, hubo de reconocer que Homobono tenía buen gusto y bastante suerte entre las mujeres. Devolvió la fotografía a su amiga y estrechó a ésta entre sus brazos procurando calmarla en su desespero.

La pobre Hilda quiso aparentar lo que no sentía.

—¡Pero soy feliz!—aseguró.

Mas inmediatamente hubo de refugiarse entre los brazos de Jenny, para evitar el llorar ruidosamente. A pesar de ello aun afirmó:

—No hay nada como la libertad...

Sin embargo, para la tranquilidad de aquella feliz libertad, Homobono la tocó en el hombro en tan preciso instante.

Y al ver la cara de pasmo que ponía Hilda al feo dueño de los pensamientos de la romántica ex dueña del café, declaró:

—¡No creerías que iba a dejarte partir sola!

Y Jenny hubo de alejarse de su lado, para impedir que la ensordeciese la nue-



—*¡No creerías que iba a dejarte partir!...*

va discusión que inmediatamente había dado comienzo entre la incomprensida pareja...

* * *

El puerto se hallaba lleno a rebosar. Dos grandes acontecimientos tenían lugar aquel mismo día. La llegada de las mujeres para la Compañía minera y la anunciada arribada del dirigible.

Todos los hombres que allí aguardaban sabían ya qué mujeres iban a llegar. Todos las conocían por fotografía. Y también sabían a quién correspondían ya, pues habían sido sorteadas de antemano.

Olaf, el hermano de Cristian, también esperaba a la deliciosa mujer que, por una serie de circunstancias fortuitas le correspondía.

La novia 66, que era la que aguardaba —una deliciosa rubia—había tocado en realidad a su hermano Cristian, pero éste, que le confesó en aquel momento hallarse en King's Bay para olvidar un amor de Oslo, se la había cedido sin ni tan sólo pretender saber cómo era.

Olaf no sabía ciertamente cómo tenía que tratar a las mujeres, pero había leído en un libro que es de buen tono llevarles flores y se había gastado por conseguirlo una gran suma de dinero. ¡Pero no importaba! Su novia 66 iba a ver que tenía un novio fino.

Mas, ¡oh, fortuna! Si en el retrato aquella muchacha tan rubia había cautivado, en natural estaba seguro le iba a tornar loco. Empujando a todo el mundo avanzó hasta la pasarela del barco y una vez frente a ella, chilló:

—¡La novia sesenta y seis!

Jenny sonrió al verse así llamada. Había casi olvidado cuál era su número y a qué había venido a King's Bay. Luego contempló al marido que la suerte le había deparado y volvió a sonreír. Tenía cara de

buen hombre, pese a sus barbas. En peores manos podía haber ido a parar... Y la verdad era que fuera de Cristian, ¿qué más le daba un hombre que otro?



—¡La novia sesenta y seis!

Aceptó reconocida las flores de Olaf; era una atención muy delicada que ella, en verdad, no esperaba.

De pronto se estremeció.

Ante sus ojos estaba un hombre, un hom-

bre que le había sido muy querido: Cristian. Y ella sintió como si el hielo que pisaba la hubiese enfriado el corazón.

Olaf la había tomado de la mano y acercándola a aquel hombre, espectro de otro sonriente en tiempos no muy lejanos, manifestó:

—Jenny; le presento a mi hermano Cristian.

La muchacha vió cómo se estremecía el hermano de Olaf, y ella también experimentó una rara sensación.

¡Extraña situación! Acababa de ser presentada al hombre que era todo para ella en el mundo, y precisamente por el hermano a quien un día había esperado conocer y que inopinadamente se había transformado en su futuro esposo.

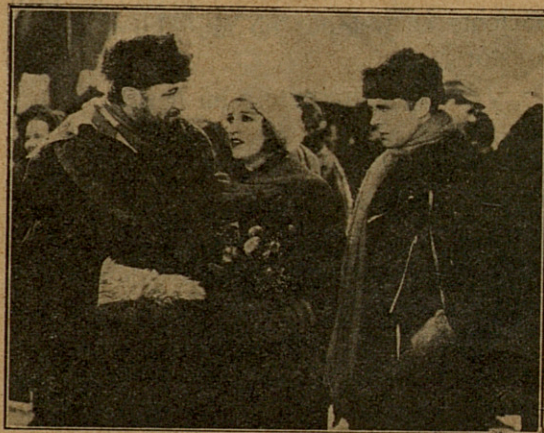
Un clamor que se levantó entre los mineros distrajo a Olaf de aquella situación que no hubiera dejado de chocarle.

En el horizonte acababa de aparecer un punto negro que se agrandaba con inusitada rapidez. Era el esperado dirigible, que iba a partir en breve hacia el Polo.

—Voy a preparar el aterrizaje...—dijo

Olaf, dirigiéndose a Jenny—. Cristian—añadió—, ¿quieres hacer compañía a Jenny?

Jenny le vió estremecerse. Y preguntó:



—*Le presento a mi hermano...*

—¿No puedo acompañarle a usted, señor Olaf?

—No—aseguró—. Es mejor que Cristian le enseñe la casa.

Y se alejó con rapidez hacia donde se

habían ya congregado multitud de curiosos.

Jenny le vió marchar. Y otra vez pensó en las jugarretas del Destino, al tiempo que al lado de Cristian se dirigía hacia la casa de madera que Olaf había transformado en su futuro hogar.

Mientras tanto, el pobre Homobono había ya dado cuenta de que King's Bay no era Oslo. En la capital solía tratar con personas y aquí habíase relacionado bruscamente con una especie de oso gris con patas humanas que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le había dejado sin su Hilda.

Todo había sido motivado porque algún bromista había colgado en la espalda de Hilda el número cuarenta y cuatro que otra mujer había perdido. Y el premiado con esta mujer, había cogido a la muchacha y cargádosela en brazos pese a las protestas de la interesada y el pasmo de Homobono.

Con su voz de oso, el hombrón la había saludado en estos términos:

—¡Hola, novia! Estás mejor que en el retrato...

El bueno de Homobono bien había querido impedir, como es natural en todo caballero que se precie de tal, el rapto de su Hilda; pero, ¿quién discute ante un puño que parece una apisonadora y en vista de que hasta la dama asegura no tener nada que ver con el reclamante?

No tuvo otro remedio, por lo tanto, el ex músico que irse tras de la pareja, al tiempo que maldecía de su estrella y del cariño que así le forzaba a llegarse hasta King's Bay para recibir semajante calabaza amorosa...

.

Jenny y Cristian se hallaban ya en la casa de Olaf.

No habían cruzado una palabra en todo el camino, pero en cuanto hubieron traspuesto el umbral, Cristian no pudo impedir que de su garganta se escapara un grito:

—¡Jenny!

La muchacha sintió que aquella pala-

bra la retornaba algo de lo que había perdido.

No obstante, su voz sonó a amargura al responder:

—¡Sí!...—dijo—. Una novia de rifa.

El calló. Mentira le parecía que se hallase Jenny a su lado. Y mayormente que esa Jenny fuese la prometida de Olaf, el hermano querido. ¡Y sobre todo: que esto último fuera debido a él mismo!

—Cristian—dijo entonces ella—. ¿Por qué me dejaste sin una palabra siquiera?

Tenía razón Jenny, pensó él. Pero su orgullo le impidió reconocerlo así y respondió con brusquedad:

—El pasado ha muerto... Y yo lo he olvidado.

La muchacha se sintió herida. Pareció como si se enderezase, arrojando lejos de sí pesados recuerdos.

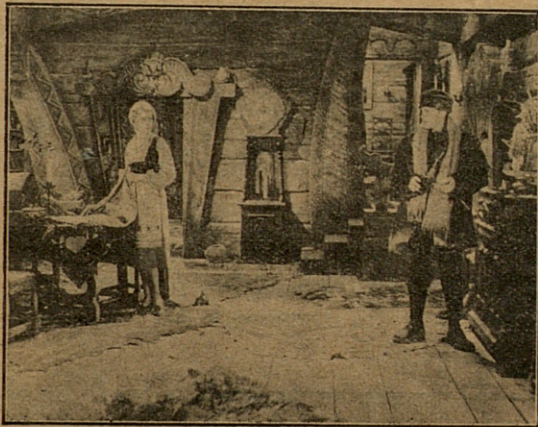
—Perdona—dijo—. No te lo volveré a mencionar.

Cristian sintió las palabras de antes. Y se justificó:

—Mi hermano debe ignorarlo todo. Vi-

ve aquí desde hace años y apenas si conoce a las mujeres.

Jenny le agradeció aquella explicación. Le miró largamente y murmuró:



—*El pasado ha muerto...*

—Pero tú sí las conoces...

—Lo que sé de ellas me basta para odiarlas—dijo él salvajemente—. ¡Cuándo te vi aquella noche con Alberto!...

Los ojos de Jenny estaban ahora luminosos al contestar:

—Creía que habías olvidado el pasado.

Cristian se apartó con brusquedad de su lado. Y ella se sentía feliz. Acababa de notar que entre la armadura de la aparente indiferencia de que él pretendía dar pruebas, asomaba el flaco de su verdadero interés hacia la que fuera su novia amada.

En aquel instante, entró Olaf.

Lanzó una ojeada a los dos jóvenes y sonriendo bonachonamente, preguntó:

—¿Qué? ¿Ya han hecho ustedes amistad?

Cristian contestó con su gruñido, pero su hermano ni se dió cuenta, pues se estaba llenando los ojos con la belleza de su futura esposa.

Luego encarándose con Cristian que se había sentado junto al hogar, le preguntó:

—¿Encantadora, verdad Cristian?

El aludido no respondió.

Olaf explicó entonces, deseoso de que su novia supiese lo tonto que había sido su hermano al no aceptar la buena suerte que se le había presentado:

—Es que Cristian había ganado la novia 66, antes de cedérmela.

Jenny palideció. ¿Hasta aquel extremo llegaba el odio del hombre que ella había amado y amaba por encima de todo lo del mundo? ¡Bien!

—Celebro que se la haya cedido—declaró.

A Olaf le brillaron los ojos alegremente. Y tomando la mano de Jenny, propuso señalándole a su hermano que se hallaba cabizbajo:

—Tenemos que animar a Cristian... Usted me ayudará, ¿verdad, Jenny?

Ella iba a asentir, pero el joven manifestó con rudeza:

—No necesito auxilios de nadie. Estoy perfectamente.

Olaf iba tal vez a increparle duramente, cuando un gran clamoreo le atrajo al exterior.

Inmediatamente se volvió hacia la muchacha.

—¿Viene usted, Jenny? ¡Ya está aterrizado el dirigible!—gritó.

Y como ella asintiera, poco después los tres se hallaban mezclados entre el gentío

que acudía a recibir a los héroes que iban a intentar la gesta gigantesca.

De pronto, Cristian se estremió.

El comandante que tripulaba la nave, era Alberto.

La mirada suspicaz de Cristian se clavó en Jenny. Ella también le había visto.

—Para esto viniste aquí, ¿eh?—murmuró él por lo bajo—. ¡Para estar cerca de Alberto!

Todo su ser se rebeló en la protesta:

—¡No sabía que él iba a venir!

La gente en su vaivén les arrastró hacia adelante. Llegaron junto a Olaf y no fué posible volver a hablar de aquel asunto que había vuelto a encender los celos en el alma de Cristian. Ni él mismo sabía por qué, salvo que no podía sufrir que fuese cierto.

El aterrizaje se realizó felizmente. Y poco después descendían de la aeronave sus tripulantes.

Alberto avanzó rápidamente hacia Olaf que era en King's Bay el personaje más importante; pero acto seguido se detuvo sonriente. Había distinguido a Jenny.

Apenas sin saludar al hombre, se dirigió a la mujer. Sonreía dichoso, feliz de encontrar en aquellas soledades a una mujer conocida y tan querida como Jenny.

—Así—preguntó Olaf con alegre sorpresa—, ¿se conocían ustedes?

Jenny asintió sonriente, y mirando a Alberto, como si quisiera recomendarle discreción. Creyó oportuno presentarle a Olaf, para evitar posibles comentarios.

—Le presento a mi prometido—dijo.

Alberto hizo honor a su condición de hombre refinado.

Naturalmente, se reflejó en su rostro una momentánea sorpresa, pero presto desapareció ésta para dejar paso a las más aparente cordialidad que pudiera pedirse. Felicitó a Olaf y a Jenny; y dirigió una mirada socarrona a Cristian al que ya había visto y saludado con un gesto.

Olaf, con la cordialidad que era la más simpática nota de su carácter, ofreció al capitán:

—Mientras esté usted aquí, nuestra casa se halla a su disposición.

Alberto agradeció con escogidas frases la atención.

Y cuando poco después se dirigían hacia la casita de Olaf, Cristian, incisivo como siempre, declaró:

—Me alegro de que hayas llegado bien... Y confío en que te marcharás pronto.

El capitán sonrió sin responder.

No era esto lo que le agradaba a su interlocutor, que preguntó:

—¿Te quedarás varios días?

Alberto volvió a sonreír. Se detuvo para dejar se les adelantasen bastante Jenny y Olaf, y entonces declaró:

—Quizá sean semanas... El tiempo es tan inconstante... como una mujer.

Y gozoso al ver como palidecía su compañero, apretó el paso para unirse a Olaf que le aguardaba ante la puerta abierta de su casa.

* * *

Por última vez el ya enflaquecido Homobono se aproximó a su esquivia beldad. Se hallaba sentada en una mesa del único bar que había en King's Bay. Su enamorado y enorme caballero, no se hallaba allí.

—¡Oye, Hilda!—imploró—. Me estoy cansando de correr tras de ti y de ese paquidermo.

La aludida sonrió. Por fin se vengaba. Ahora iba a saber aquel pícaro lo que eran las pequeñeces de metro cincuenta.

—Nadie te pide que corras—le respondió—. Y además mi galante caballero no es un paquidermo.

Homobono—más precioso que nunca con las orejeras que ahora usaba para defenderse del frío—, rugió llevado al colmo del enfurecimiento.

—¡No quisiera más que ese gorila se pusiera delante de mí!

Y la fortuna quiso que se sintiera inmediatamente complacido.

Una especie de garra humana cayó sobre su hombro y lo enderezó de un salto. Al mismo tiempo, un vozarrón enorme espetó:

—¡Salud!

Homobono Curtis pensaba en aquel momento que para cuándo guardaba Dios los terremotos. ¡Con lo bien que le hubiese venido a él uno!

Sin soltarle, el mastodonte—que respondía al nombre de Boris—, preguntó a Hilda:

—Este insecto te sigue molestando, ¿eh?

Comprendiendo que su integridad facial corría serio peligro, Homobono mostró aquella sonrisa suya tan cautivadora para decir:

—Un momento, señor... Había venido

solamente a escribir una carta a un amigo.

Boris le correspondió con una mueca, que pareció un anuncio de dolor de muelas, y que significaba su manera de reír:

—Muy bien. Entonces dígame que Hilda y yo vamos a casarnos y que tendremos once chicos...

Homobono volvió a sonreír. Venía que ni pintiparado un chistecito.

—Ya—exclamó—. Como si dijéramos un equipo de fútbol, ¿eh?

Pero, desgraciadamente, Boris no entendía de chistes. Y Homobono, que ya se hallara libre de la garra de su enemigo, vióse de nuevo prendido por las solapas de su abrigo. ¡Y qué manera de retorcerlas!

—Sólo una broma, compañero...—se apresuró a decir—. ¿Para qué pelearnos?

Boris le miró torvamente pero dejó en paz las solapas.

Homobono algo más tranquilizado quiso demostrarle su agradecimiento.

—Vamos a beber una copa y a charlar un rato—propuso.

En mala hora lo hiciera, pensó. Porque

inmediatamente se sintió preso otra vez por las solapas.

—¿A beber?—le preguntó aquel ogro con voz terrible.

Homobono pensó que toda vez que estaba condenado a morir de un susto lo mismo daba que fuera de un sopapo. Y que para tener tal fin no era necesario apaciguar a la fiera.

Con un tono que él supuso era de valentón, pero que resultó como el suspiro de una doncella, contestó:

—Sí, señor...

Y hete aquí por donde, cuando él ya se hallaba dispuesto a irse al otro barrio con toda conformidad, apareció en el rostro de aquel Boris la misma sonrisa ideal para dentífrico contra las muelas. Y al mismo tiempo que se volvía a encontrar libre, llegó a sus oídos una voz bastante más humana que hasta aquel momento y que decía:

—¡Eso es otra cosa! ¡A beber!

La amistad recién iniciada entre ambos hombres avanzó rápidamente. Demasiado

quizá para los gustos de Homobono, hombre delicado de ciudad.

Porque cuando aquel paquidermo le estrechó la mano en prueba de amistad, el infeliz músico se vió y se deseó para librarse primero del torno humano que significó el estrechón, y luego para conseguir se le desuniesen los pegados dedos.

Y no pudo menos de murmurar, pensando en la delicada Hilda:

—¡Cómo será una prueba de amor!

Al mozo que llegó a preguntarles qué querían, pidió Homobono:

—Dos copas.

Pero su amigote, con voz atronadora rectificó:

—¡Cuatro!—y al asombrado músico le explicó—: Yo bebo por duplicado... y los que beben conmigo lo mismo. ¿Entendido?

¿Quién era el guapo que decía que no a semejante personita?

Muy fino, pues, Homobono asintió. Y también con mayor finura, correspondiendo al envite de Boris, exclamó:

—¡A su salud!

Pero dudamos que hubiese variado el tono si hubiese deseado la muerte de tan amable compañero.

Sin embargo, si Boris creía haber achiado a Homobono, se llevó chasco.

Porque cuando Boris pidió cuatro copas más, el musiquillo exigió ocho, afirmando que él bebía por cuadruplicado. Y la gracia agradó tanto a Boris que se le ofreció incondicionalmente...

Y poco después, con gran desesperación de Hilda, que veía desvanecerse su magnífico plan para dar celos a Homobono, ambos hombres se decían los mejores amigos del mundo y hasta trataban de montar un negocio juntos. Homobono fué la cabeza directriz pese al alcohol ingerido. El sería el *manager* y Boris el que haría el trabajo y recibiría los mamporros: se trataba de transformar al mastodonte en campeón del mundo de todas las categorías.

Desgraciadamente para tan bellos planes, un hombrecillo a quien Boris derribara en un momento de mal humor, se cuidó de tornar humo el magnífico programa,

atizando al campeón en ciernes una paliza de las que forman época.

Y el infeliz Homobono vió nuevamente fracasar el magnífico negocio que él, en su imaginación exaltada, ya había transformado en montones y montones de billetes de banco.

* * *

La vida para Jenny y Cristian no se desarrollaba tan placenteramente como a sí mismos se prometieran. Ni mucho menos.

Aparte de que cada vez les resultaba más imposible fingir indiferencia ante Olaf, allí estaba Alberto que cuidaba de vengarse de ambos, por todos los medios posibles. Ya era una cancioncilla que recordaba a los enamorados tiempos mejores; ya una palabra alusiva... El resultado de todo ello era que Cristian experimentaba una y otra vez deseos de extrangular a Alberto y que si no lo hacía era por Olaf, que se

hubiera sorprendido de tan súbito odio y habría querido saber las causas.

Pero ya que no con Alberto, por lo me-



Alberto cuidaba de vengarse.

nos sí que con Jenny exteriorizó él su rabia.

Cierta tarde, al entrar, se encontró con que ella se encontraba arreglando ciertos detalles del hogar. Cristian ya había advertido que la casita de su hermano había

ganado mucho desde que Jenny se encontraba allí.

Pero la disputa se agrió tanto que ambos quedaron disgustados. Y nada salió de ella; nada excepto una decisión desesperada de Cristian.

Y al día siguiente, Olaf le llamó en vano. No estaba en su habitación.

Era aquella mañana justamente la que Alberto había decidido fuera la que marcara la de reanudación del viaje hacia el Polo con el dirigible, y nuevamente se congregó con tan fausto motivo toda la población en el campo de hielo donde se hallaba el dirigible.

Sólo Olaf asistía, sin embargo, a la partida de Alberto; ni Cristian ni Jenny se veían por parte alguna.

Faltaban pocos minutos para que ascendiera la aeronave, cuando Olaf vió ante sí a Cristian. Llevaba el uniforme militar. Su hermano quedó petrificado por la sorpresa.

—Me he enrolado en el dirigible—explicó Cristian, con precipitación. Y tomando la mano de Olaf, se la estrechó con fuerza al tiempo que decía:

—Adiós Olaf. Te deseo, lo mismo que a Jenny, toda la felicidad del mundo.

No se dió cuenta él de la ausencia de su hermano ya embarcado en el dirigible, hasta que éste comenzó a ascender, soltadas sus amarras. Entonces comenzó a cavilar lo que podía haberle inducido a tomar aquella tan súbita determinación, máxime sabiendo, como sabía que Cristian no simpatizaba con Alberto. Y al posarse sus ojos casualmente en Jenny, que acababa de llegar, una súbita llamarada de claridad iluminó su cerebro.

Jenny alzó también la cabeza como hacían todos. Ella se hallaba más preocupada que nadie por Cristian al que sabía fuera de casa durante toda la noche. Y si se había presentado a ver la partida del dirigible, fué con objeto de distraer su fatigado cerebro de aquella constante preocupación.

Mas, inopinadamente, le pareció que se le paraba el corazón. ¡Sí, no le cabía duda! El hombre que aparecía al lado del capitán del dirigible era Cristian. ¡Cristian!

Fué entonces cuando dando en olvido todo, cuando sin pensar más que en el amado, surgió del fondo de su corazón hacia la boca, un grito supremo de dolor:

—¡Cristian! ¡Cristian! ¡Te amo!

Nadie prestó mucha atención a la mujer que así imploraba. Todo el mundo corría siguiendo al dirigible, llevados por el deseo de acompañar un poco más a aquellos valientes que iban en busca de la muerte en alocado intento de ganar un galardón de gloria para la patria. Y ella corrió también. Y gritaba, una y otra vez. Caía, se levantaba...

—¡No me dejes, Cristian! ¡No me abandones!—gimió por última vez la cuitada, al caer sobre el hielo desvanecida en un postrer esfuerzo por seguir la lejana nave. Y alguien se acercó a ella.

Era Olaf. Olaf, que no había seguido al gentío en pos del dirigible. Olaf, que veía desgarrado el velo que le cubriera los ojos hasta aquel instante, y que, aun cuando con el corazón sangrante, comprendía el sacrificio de Jenny y de su hermano en aras a su felicidad.

Tomó el cuerpo de la mujer y con paso tardo, pero seguro, la llevó a su cabaña y la depositó en su lecho. Allí ella tornó un momento en sí, le miró espantada del descubrimiento que Olaf había hecho y nuevamente cayó en la cama, sacudida por los sollozos. Luego, el sueño trajo calma a su espíritu.

Olaf permaneció al lado de aquella mujer que tanto amaba. No acababa de comprender exactamente cómo se había originado aquel amor entre los dos jóvenes. Y entonces...

Sus ojos se posaron en unos papeles que salían bajo la almohada del lecho donde Jenny descansaba.

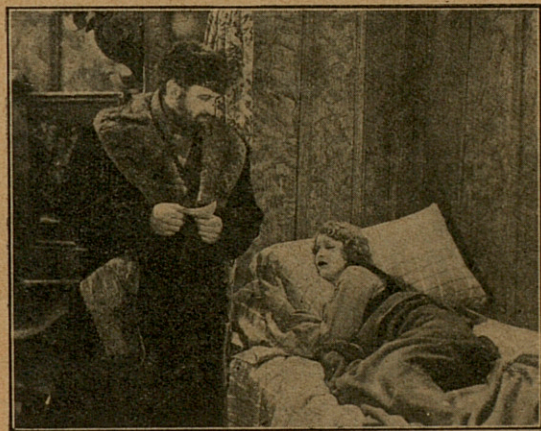
Y al ver el retrato que entre aquellos papeles había, Olaf comprendió y sintió que definitivamente se hundía para él la última esperanza de dicha.

La fotografía reproducía a Jenny y a Cristian dulcemente abrazados. Ella vestía el típico traje de las campesinas de Noruega... Cristian, su uniforme de estudiante.

Olaf acababa de saber quién era la mu-

jer que constituyera el amor único de su hermano Cristian.

.



Y al ver el retrato...

Faltaba apurar las heces del cáliz.

Se supo en King's Bay que el dirigible había sufrido un serio percance. Y Olaf partió solo con un trineo para prestar socorro al hermano adorado. Y para devol-

ver el amor de su vida lo único que podía hacerla feliz.

¡Qué de torturas las de aquel hombre en pos de su hermano! Los obstáculos pare-



Se supo en King's Bay...

cían multiplicarse; pero él avanzaba incansable.

Hubo de abandonar el trineo y avanzar a pie. Y lo hizo.

Hasta que por fin halló a su hermano y

lo auxilió. Pero entonces quedó él, Olaf, también prisionero, perdido...

Pero Jenny tampoco podía estar quieta. Nadie estaba dispuesto a salir con el bu-



...halló a su hermano...

que rompehielos para salvar a los posibles supervivientes del caído dirigible, Pero al requerirles ella y ver que un hombre como Homobono se ofrecía inmediatamente, los mineros no pudieron resistir el bochor-

no que ello iba a significarles ante sí mismos. Y se formó el equipo necesario para avanzar hasta donde fuera preciso hasta que fuesen hallados los valientes.

Y como el Amor impelía el barco salvador, el Exito coronó la magna y heroica empresa, y Jenny y Cristian, que creyeran estar separados para siempre, vieron unirse de nuevo sus vidas bajo la luz esplendorosa de una aurora boreal.

F I N

Se ha puesto a la venta con gran éxito, en las selectas

Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
la interesantísima novela

Sevilla de mis amores

por
Ramón Novarro y Conchita Montenegro

Formidable asunto hablado y cantado en español.

Bellas canciones por RAMÓN NOVARRO

Letra de las mismas

Precio de la novela completa: 1 peseta

Esta semana:

A petición de numerosos lectores:

BEN-HUR

(VIII ediciones)

por **Ramón Novarro**

Magnífica presentación

Precio excepcional: 1 peseta

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito.
Véase si no:

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Del mismo barro

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torena
(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

Romance

por Greta Garbo y Lewis Stone

El gran charco

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

Tempestad

por John Barrymore y Camila Horn

El dios del mar

por Ramón Pereda y Rosita Moreno

Anne Christie

por GRETA GARBO

Horizontes nuevos

por Carmen Guerrero y Jorge Lewis

Se ha puesto a la venta con extraordinario éxito, la

**Biografía de
Ramón Novarro**

Numerosas fotos · Anécdotas · Postal-regalo.

Precio: 50 céntimos

Esta semana, la

**Biografía de
Charlie Chaplin
CHARLOT**

el primer cómico del mundo

Numerosas fotos · Anécdotas · Postal-regalo.

Precio: 50 céntimos

Pida la emocionante novela de **Alfonso Martínez Rizo**

EL BARRIO CHINO AL DESNUDO
(EL DE AYER · EL DE HOY)

¡ATENCIÓN!

Se está agotando la

**Biografía de la famosa
GRETA GARBO**

Numerosas fotos · Anécdotas · Postal regalo.

Precio: 50 cts.

Y la **Colección de 6 postales** (6 «poses»
modernísimas de la misma artista).

Precio: 30 cts.

Pida en cualquier quiosco las

**Biografías de
JOSÉ MOJICA**

y

MAURICE CHEVALIER

cuyas nuevas ediciones acaban de salir, con
letra de las canciones que se han hecho famosas.



Las mejores novelas de cine las publica

Ediciones BISTAGNE

Recuerde y pida siempre estos títulos:

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Aparece los martes **Precio: 30 cts.**

**La Novela Semanal Cinema-
tográfica moderna**

Aparece los miércoles **Precio: 25 cts.**

**Los grandes Films Mudos y
Sonoros**

Aparece los jueves **Precio: 50 cts.**

**La Novela Semanal Cinema-
tográfica extraordinaria**

Aparece el último sábado de cada mes
Precio: 50 cts.

**Ediciones Especiales de La
Novela Semanal Cinematográfica**

Precio: 1 peseta



EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.**



BARCELONA: Barbará, 16

MADRID: Caños, 1